

Hace veinticinco años:

La invasión de Hungría

José María Solé Mariño

***E**N el mes de octubre de 1956, una parte importante de la población de Hungría se une en una insurrección en contra de la presencia soviética en el país, expresada de diversas formas. Al inicial antisovietismo sigue una tendencia general anticomunista y de rechazo al sistema impuesto por los acólitos de Stalin. Muy pocos días durará el levantamiento. La Unión Soviética no puede permitir el inicio del desmoronamiento de su bloque de sumisión en el centro de Europa. Hace ahora veinticinco años era aplastada la denominada revolución de Hungría, en unos momentos en que la distensión internacional parecía emprender sus primeros pasos.*

Hungría, 1918-1945: UNA SITUACION ANACRONICA

Tras el derrumbamiento del Imperio con la derrota de noviembre de 1918, una Hungría despedazada territorialmente había intentado llevar a cabo una ambigua transición hacia la república de la mano de una parte de la aristocracia dirigida por el conde Karolyi, que considera posible una transformación controlada por los poderes tradicionales. A su lado se agrupa una pequeña y débil clase media urbana que prefiere ignorar la situación real de las amplias capas del campesinado desposeído.



El proceso contra Lázló Rajk supone el más claro símbolo del endurecimiento de los regímenes europeos inspirados por Moscú durante los últimos años de vida de Stalin. (Septiembre de 1949.)



Demostrada en muy pocos meses la inviabilidad de este ensayo, y radicalizada por ello la situación, Hungría va a conocer —durante el verano de 1919— la primera experiencia soviética llevada a efecto fuera de las fronteras de la Rusia revolucionaria. Pero en su corta trayectoria, el régimen de Bela Kun, desorganizado y caótico, no demostró siquiera tener la menor capacidad para justificar los temores de las burguesías occidentales que veían aproximarse el espectro bolchevique por el cuerpo de Europa. Las semanas **revolucionarias** servirán más bien para sentar las bases de una mitificación de las posibilidades de la izquierda, en un país en donde la debilidad numérica de la clase obrera carece de perspectivas de cambio dentro de una organización

social y económica de decididos rasgos preindustriales.

Cuando la intervención de las fuerzas de la **Entente** pone fin a la República soviética, tampoco los partidos burgueses, básicamente concentrados en la capital y dos o tres grandes ciudades, tienen fuerza suficiente para oponerse al régimen que se instala por la fuerza de las armas. Bajo la dirección del almirante Nikolaus Von Horthy, Hungría va a conocer el terror blanco y la reacción institucionalizada. El país se organiza políticamente mediante la ficción de una monarquía sin rey, basada en la mística de la Santa Corona de San Esteban, y personificada en la figura del regente, que viene a cumplir las funciones de un monarca situándose por encima de los avatares políticos e intentan-

do incluso la perduración de su propia dinastía familiar.

En la vida política ordinaria se utiliza también una forma de ficción. Toleradas las formaciones de carácter moderado, un parlamento amordazado y una prensa controlada mantienen las apariencias de una vida democrática formal, bajo un régimen incuestionablemente reaccionario y mantenedor de privilegios sociales y económicos abandonados ya por todos los países de Europa desde generaciones atrás. La Iglesia Católica disfruta en este contexto de una privilegiada situación, lo que nunca dejará de tenerse en cuenta en su saldo negativo, incluso cuando su oposición al régimen socialista aparente unas actitudes democráticas que nunca inspiraron su pensamiento.



La vieja ciudad de Budapest, duramente castigada durante la guerra, volverá a conocer sobre su suelo el horror de los enfrentamientos armados.

Dominada económicamente por Alemania, Hungría se verá arrastrada a la guerra de Hitler, e incluso, cuando ya el Ejército Rojo esté penetrando por sus fronteras orientales, conocerá un corto periodo de terror nazi dirigido por las formaciones ideológicamente afines al partido dominante en el Reich. El final de la guerra, a pesar de las grandes destrucciones humanas y materiales, parece abrir grandes posibilidades de futuro. Pero para Hungría no ha terminado todavía la etapa de las profundas convulsiones.

**1945-1948:
LA DESTRUCCION
DE UNA
OPORTUNIDAD
DEMOCRATICA**

Tras la ocupación total del país, en febrero de 1945, la primera tarea del gobierno provi-

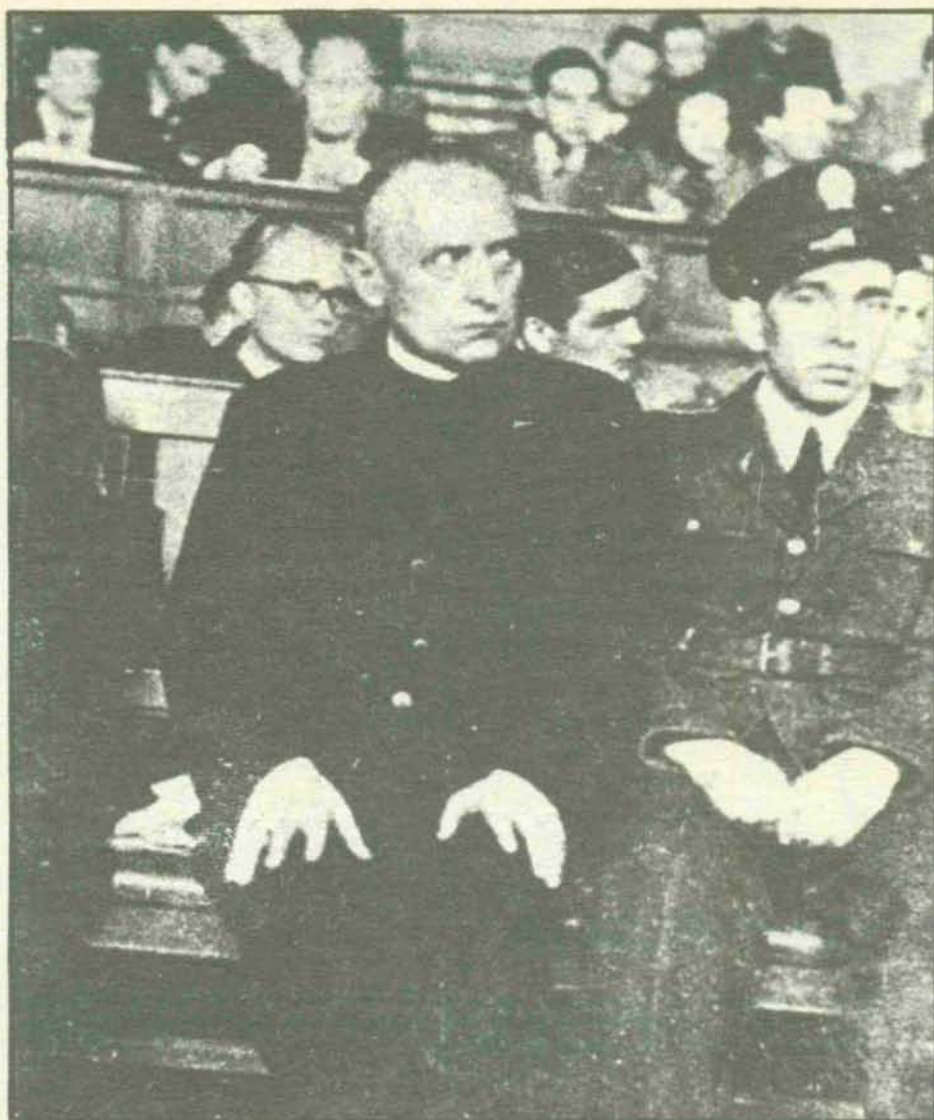
sional había sido la elaboración de una ley de reforma agraria, que confecciona principalmente el comunista Imre Nagy, mientras las tropas soviéticas sa-



Matyas Rakosi, el más destacado discípulo del dictador soviético de entre todos los mandatarios locales de las denominadas democracias populares.

quean sistemáticamente el país y los antiguos partidos, superada la dictadura de Horthy, intentan reorganizar la vida política. Las estructuras semiféudales que Hungría mantenía hasta esos momentos verán su fin por obra de una reforma agraria que cuenta con la expresa aprobación de todas las fuerzas políticas, como la medida fundamental en el camino de reconstrucción nacional que se emprende.

Las nacionalizaciones se suceden en las minas, las grandes industrias, la banca y las empresas extranjeras. El clima general es optimista durante los tres primeros años de posguerra, gobernados por partidos moderados, como el mayoritario de los Pequeños Propietarios y el Socialdemócrata. Junto a ellos, y repitiendo a grandes rasgos el esquema de los demás países de la zona, un pequeño partido comunista con débil apoyo popular emprende la conquista del poder con el respaldo de la Unión Soviética, que mantiene en el país



Los juicios contra el primado húngaro, cardenal Mindszenty, marcan los más altos niveles de la crisis entre la Iglesia Católica y el nuevo Estado. (Febrero de 1949.)

sus tropas de ocupación. En tres años, y mediante tácticas siempre repetidas, los comunistas conseguirán debilitar y, finalmente, deshacer a los partidos democráticos por medio de su creciente intervención en la vida política al controlar a la policía y al Ejército.

La liquidación de los partidos agrarios y la obligada fusión de los socialistas darán a los distintos partidos comunistas del área —bajo una variedad de denominaciones formales— el control completo sobre el aparato estatal hacia el año 1948. Para entonces está ya perfectamente dibujado el mapa europeo de las designadas **democracias populares**. En Hungría, el Partido de los Trabajadores Húngaros es ya de hecho el partido monopo-

lizador, bajo la dirección de Matyas Rakosi, el mejor discípulo de Stalin de entre todos los dirigentes de los regimenes afines. La policía política —la temida **AVO**— se ocupa de anular cualquier tipo de oposición al sistema. El modelo soviético es imitado con el mayor empeño, incluso en sus crispaciones internas. A la oscura y asfíxante atmósfera que rodea los últimos años de la vida de Stalin se corresponde en Hungría con la represión general y las purgas dentro del partido. Destacados dirigentes comunistas, como Imre Nagy, Lazslo Rajk o Janos Kadar, caerán sucesivamente en desgracia en operaciones de limpieza interior del partido a imitación de las llevadas a cabo por el gran maestro moscovita.

1948-1953: LA ERA DE RAKOSI

El clima general de demencia que parece dominar en la Unión Soviética a nivel de dirigentes en los primeros años cincuenta se transmite, pues, íntegramente al ámbito húngaro. Fracasado el intento de creación de un sistema democrático y social, todos los niveles de la sociedad están penetrados por el descontento y el temor. La desviación ideológica de Tito y su excomunión por la ortodoxia comunista en 1948 habían aumentado todavía más si cabe el miedo y el desconcierto generales en la vecina Hungría.

Los campesinos, poseedores ahora de sus tierras, no ocultan su preocupación ante una posible colectivización. Mientras, los obreros industriales, teóricos sustentadores del régimen, manifiestan veladamente su descontento ante los nuevos métodos estajanovistas tendentes al incremento de la producción a cualquier precio. La burguesía se ve desasistida de todo derecho a manifestar su opinión opuesta al desarrollo de la situación. Los cuadros del partido son diezmos, y cada vez es más precaria la existencia para la Iglesia Ca-



La figura de Gyorgy Luckacs (1885-1971) simboliza fielmente las vicisitudes sufridas por la intelectualidad húngara de este siglo, ahogada por totalitarismos de diferente signo y jalonada por breves períodos de libertad efectiva.

HUNGRIA



La posición geográfica de Hungría, carente de defensas naturales y situada entre poderosos y voraces vecinos, favorece la precariedad de la conservación de la independencia nacional.

tólica y la clase intelectual. Estos tres sectores de la sociedad húngara sirven del modo más expresivo para definir la vida del país durante la etapa estalinista.

Las purgas internas del partido alcanzan en septiembre y octubre de 1949 sus más altos niveles con el proceso iniciado contra Lázsló Rajk, secretario adjunto del partido y varias veces ministro. Rajk será la víctima propiciatoria del momento. Acusado de connivencias ideológicas con la herejía de Tito y de traición al país en provecho de las potencias occidentales, este comunista moderado caerá como símbolo del proceso de endurecimiento que se vive. Como meses antes el cardenal Mindszenty, Rajk reconocerá durante el juicio cargos indudablemente falsos que serán decisivos para su condena. Entre otras cuestiones, la tortura mental y física le llevará a confesar haber recibido

órdenes de la policía de Horthy durante la guerra civil española para desarticular la sección húngara de las Brigadas Internacionales. Condenado a muerte y ejecutado inmediatamente, la figura de Rajk se convertirá en caballo de batalla para los comunistas liberales. Su rehabilitación oficial, en marzo de 1956, señalará la irreversible caída del monolitismo oficial. Sus honras fúnebres, celebradas en junio de ese año, quedarán ya unidas al movimiento insurreccional como primera manifestación masiva de oposición al régimen.

De la misma forma que en Polonia —tradicional país de frontera frente a fuertes influencias e imposiciones externas—, la Iglesia Católica va convirtiéndose en Hungría en centro de tomas de posición contrarias a las recién nacidas **democracias populares** impuestas bajo la presión soviética. Inspiradas direc-

tamente por el primado, cardenal Mindszenty —de mediocre personalidad afecta al tradicionalismo más reaccionario—, las sucesivas cartas pastorales emitidas por los obispos son clara expresión condenatoria del nuevo régimen. La Iglesia se considera en esos momentos el mayor baluarte de oposición al comunismo oficial, sostenida en sus bases por las actitudes vigorosamente antimarxistas del bajo clero rural, que conserva todavía una fuerte influencia sobre la opinión del mayoritario campesinado cuyo tradicional conservadurismo se ha visto incrementado por el acceso a la posesión de la tierra.

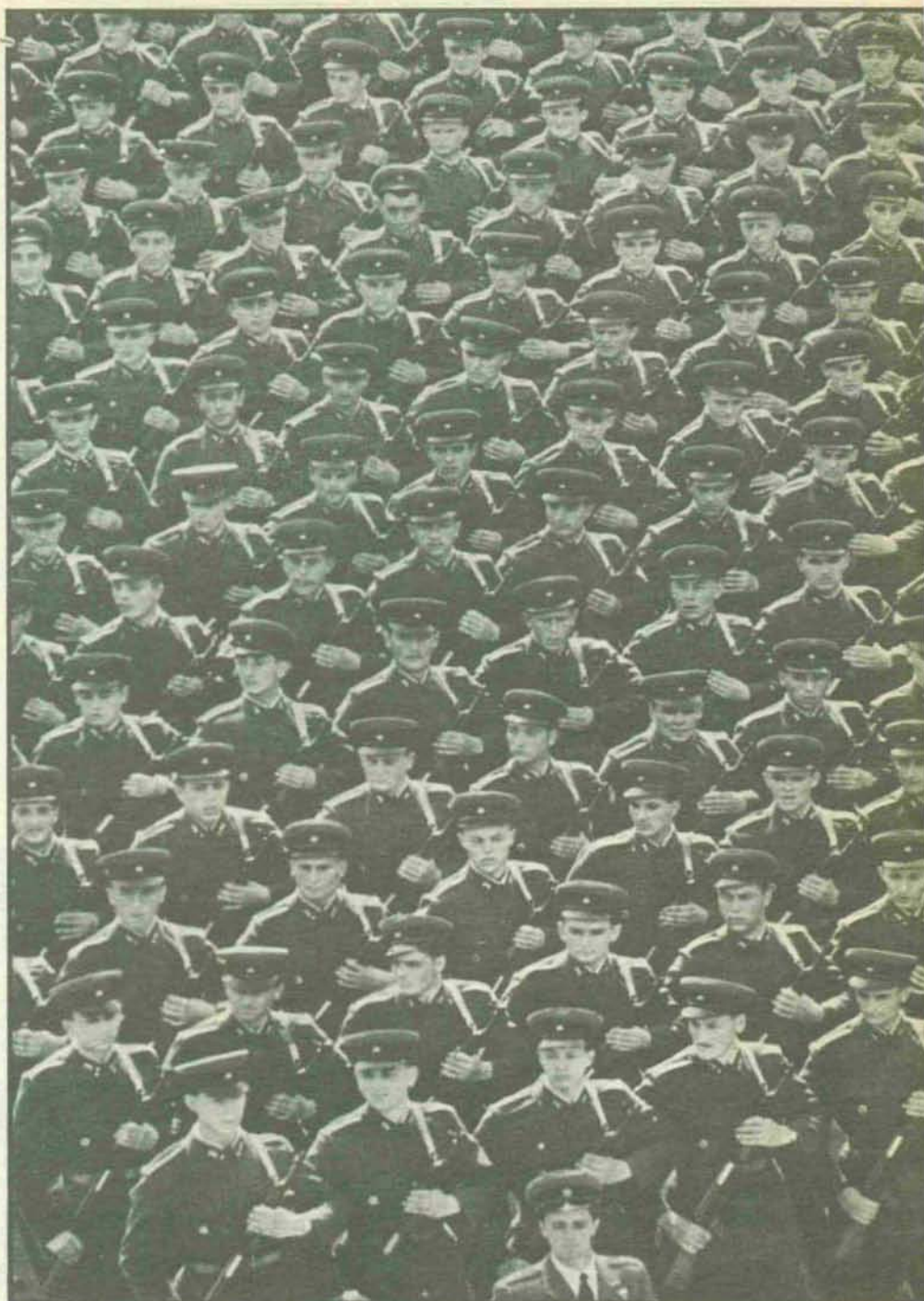
Pero hasta la etapa de endurecimiento, el régimen no quiere mártires y su acción se ciñe a medidas legales que afectan a la Iglesia, tales como la nacionalización de las escuelas católicas, después de haberla privado de



Erno Gero, sustituto y fracasado continuador de la política de Rakosi, no podrá soportar al frente del país los primeros embates de la insurrección.

sus extensas propiedades rústicas dentro de la reforma agraria general. El Papa Pío XII ya ha lanzado al mundo la idea de la existencia de una **Iglesia del silencio**, subsistiendo en las catacumbas de los países situados tras el **telón de acero** que la guerra fría ha levantado a través del continente europeo. En 1948, la progresiva estalinización de Hungría ya no es capaz de admitir estos continuados desafíos. Tras el anatema con que el cardenal Mindszenty responde a la nacionalización de las escuelas, el gobierno ordena su detención en el mismo día de San Esteban, fundador y patrón de la Hungría milenaria, de la que el purpurado se considera único representante espiritual y legal.

El proceso que contra él se sigue —en enero de 1949— va a suponer, junto con el inmediatamente posterior de Rajk, una de las causas célebres del periodo de la guerra fría. Tras una serie de situaciones altamente ambiguas, Mindszenty es condenado a cadena perpetua tras haber reconocido prácticamente la totalidad de los cargos que contra su persona se lanzan. Desde la prisión, su talla simbólica de representante de unas ideas de demo-



El Ejército húngaro, aparente puntal del régimen, no hará nada por evitar su caída. Y más tarde se unirá en una importante proporción al levantamiento popular.

cracia y libertad en las que él mismo nunca ha creído aumentará hasta llevarle en los días de octubre de 1956 muy cerca de los nuevos poderes que intentan controlar al país en contienda. Cuando la estalinización de Hungría se afirma entre 1949 y 1953, la lucha estatal contra la Iglesia conoce otras formas efectivas, como la expropiación de bienes y del resto de las tierras, la disolución de sindicatos y asociaciones católicas, la detención

de sacerdotes y la disolución de órdenes religiosas, el cierre de seminarios...

LOS INTELLECTUALES: EL CASO LUCKACS

Dentro de esta situación, resulta muy interesante observar los efectos de la estalinización sobre la minoría ilustrada de ca-



Imre Nagy, exponente de una línea de comunismo nacional y humano, es el punto donde convergen las esperanzas de una gran mayoría del pueblo magiar.

rácter progresista. En Hungría había existido desde el siglo XIX una tradición literaria de signo revolucionario, exaltada principalmente desde la participación del poeta Sandor Petöfi en la frustrada revolución de 1848. Continuadores de esta corriente, muchos escritores, ensayistas y profesionales de la enseñanza se habían adherido a utópicas ideas de libertad y ello les acercaba a posiciones socialistas hacia fines de siglo. Desde la revolución rusa, un buen número de ellos se sentía fascinado por la experiencia del gran país vecino. Procedentes muchos de sus miembros de la burguesía media judía radicada en los centros urbanos, esta **intelligentsia** se orienta culturalmente hacia Alemania, que constituye el foco de atracción para todo el cuerpo central del continente.

Nombres fundamentales de la cultura europea, como los filóso-



El asalto a la emisora de radio de Budapest es el primer episodio de la lucha que va a estallar en la capital de Hungría.

fos Gyorgy Luckacs y Arnold Hauser, se unen en el Budapest de los años diez con figuras de posterior proyección al nivel de Karl Mannheim, Arthur Koestler o Tibor Dery. Y mantienen estrechas relaciones con los nombres más destacados de la vida intelectual alemana: Thomas Mann, Teodor Adorno o Max Weber. Más o menos implicados en la tentativa malograda que supuso el quimérico régimen de Bela Kun, muchos de estos intelectuales se ven forzados a huir cuando la invasión del país por tropas rumanas coloca a la reacción en el poder.

La aventura personal de Gyorgy Luckacs —que encuentra un paralelo en la del poeta Tibor Dery— ilustra la trayectoria vital de la **intelliguentsia** húngara durante estos años. Partidarios ambos del régimen de Kun —Luckacs había sido comisario de Cultura—, marchan al extranjero ante la amenaza del terror blanco de Horthy. Mientras Dery es encarcelado a su vuelta a Hungría, la presión de Thomas Mann sobre el gobierno austriaco consigue que éste deniegue la extradición de Luckacs, solicitada por los nuevos poderes de Budapest, lo que hubiera significado para el filósofo la inmediata pérdida de la libertad y quizá de la vida. Tras el largo paréntesis de entreguerras, en 1945 parece sonar la hora de la libertad. Los intelectuales de más valía apoyan a los gobiernos democráticos en sus reformas y ofrecen de cara al exterior su imagen como la más válida demostración de la posibilidad de existencia de un sistema democrático desenvuelto pacíficamente después de largos años de opresión.

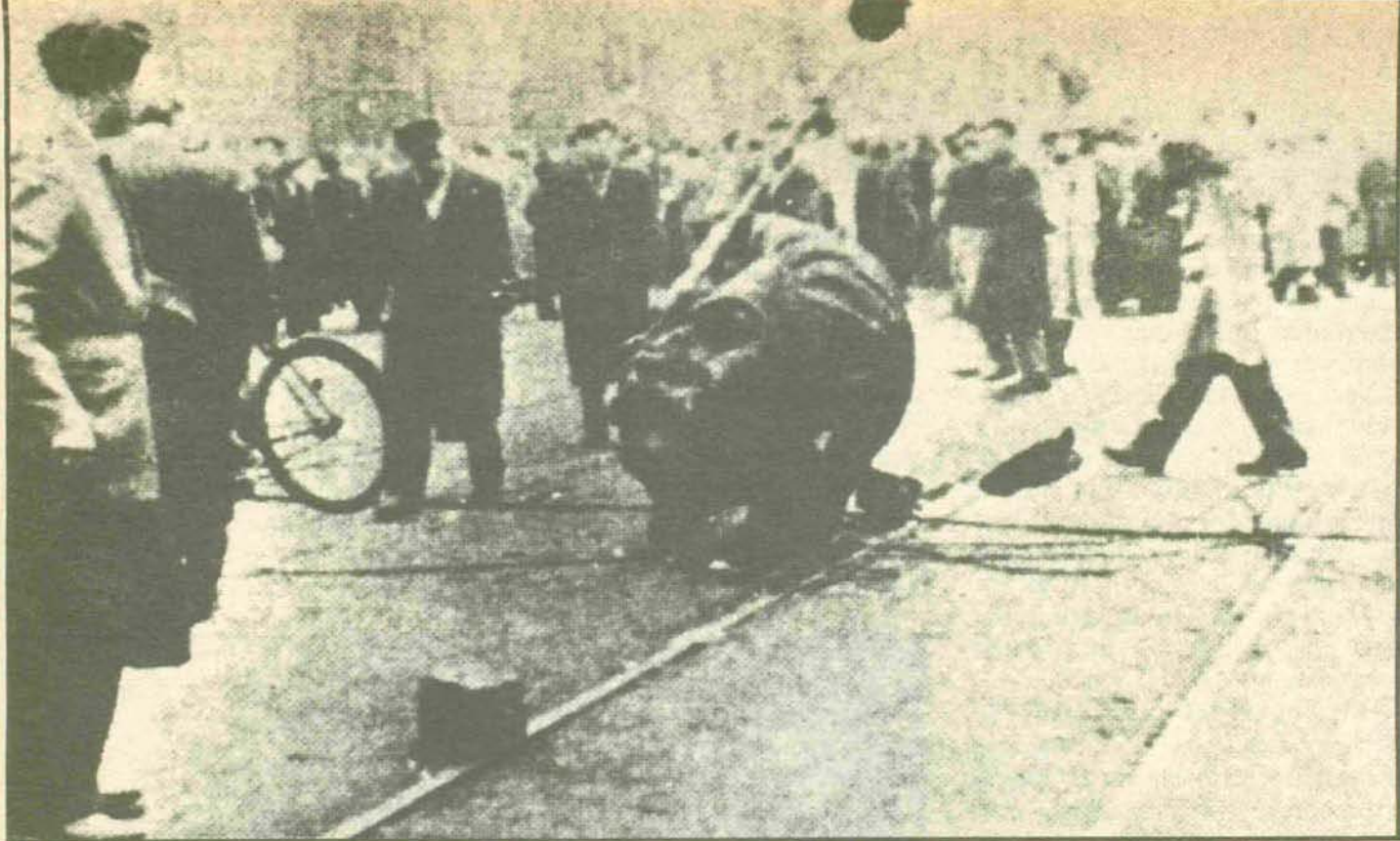
Pero el final de la década de los cuarenta contempla, como se ha visto más arriba, un panorama completamente opuesto. La libre actitud de los intelectuales podría constituir un serio peligro para la ortodoxia del partido, que se pretende inamovible. Luckacs y Dery, junto con mu-

chos otros, son expulsados del partido y apartados de sus actividades académicas. Acusados de **cosmopolitismo e inaceptable idealismo**, su formación cultural, orientada netamente hacia Occidente, les hace sospechosos a la vista de las autoridades. Estos **malos marxistas**, según calificación oficial, volverán a encontrar en el otoño de 1956 un nuevo momento de esperanza en sus agitadas vidas. Tras el aplastamiento de la insurrección, Gyorgy Luckacs —ministro de

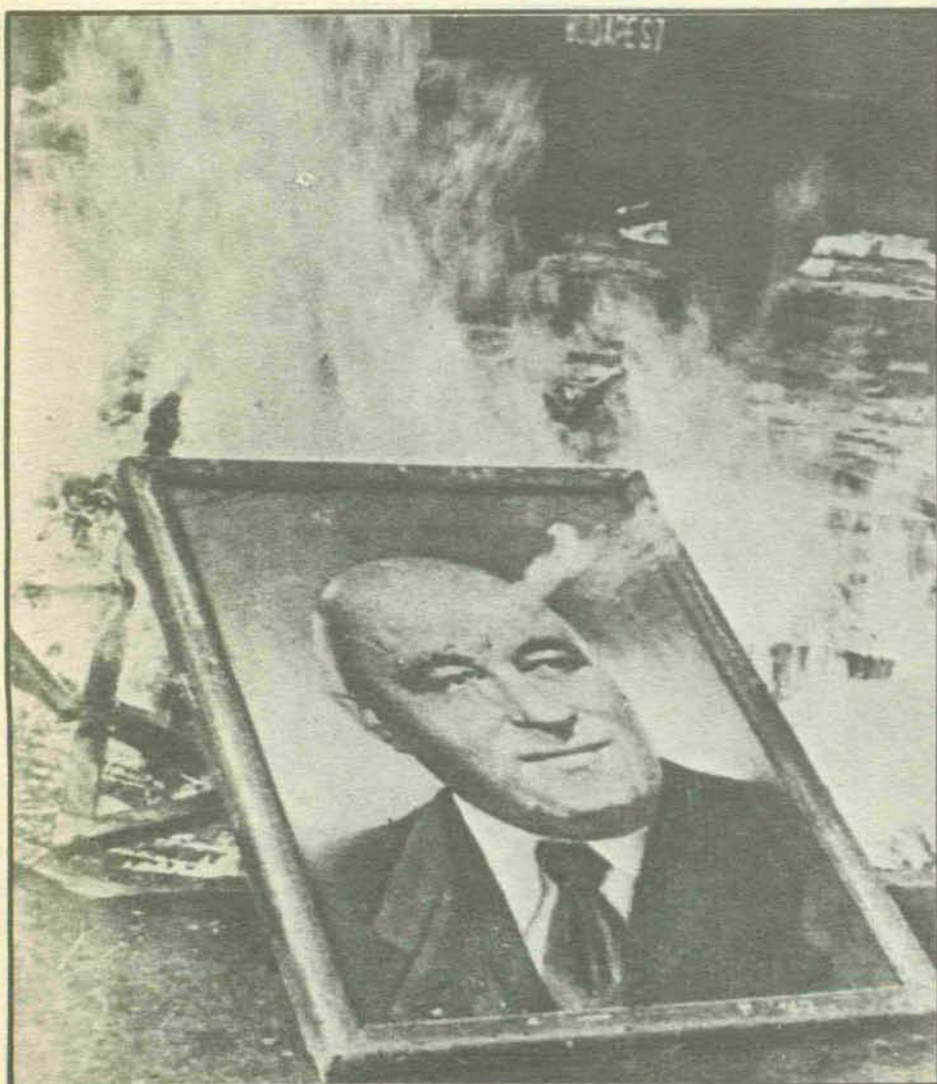
Cultura del gobierno Nagy— será deportado por los soviéticos; y Tibor Dery sufrirá en su país varios años de prisión debido al expreso apoyo concedido al movimiento liberalizador. La valiosa clase ilustrada húngara volvía de nuevo a sufrir los rigores de la represión en una parte numéricamente —y sobre todo cualitativamente— decisiva de sus miembros, que mediante su organización en los denominados **Círculos Petöfi** habían intentado dirigir el descontento popular



Las acciones armadas efectuadas en la calle por los niños húngaros aportan a los hechos una gran carga de dramatismo.



La gran cabeza de la estatua de Stalin es arrojada al suelo y humillada por los patriotas húngaros.



La quema de símbolos del régimen rakosista se sucede en todo el país. Parece como si del fuego purificador se esperase el surgimiento de una nueva época.

por cauces ordenados y dotados de un alto nivel de calificación moral.

1953-1956: LA DESESTALINIZACION

A pesar de todos los esfuerzos en contra dirigidos por el aparato estalinista encabezado por Rakosi, la influencia de la postura de Tito encontró una amplia audiencia entre los miembros del partido en Hungría. Después de Rajk, Imre Nagy y Janos Kadar —futuros protagonistas opuestos de los sucesos de 1956— concen a principios de la década la marginación política e incluso la tortura física a manos de la policía de seguridad.

La corriente de aire fresco que parece inundar el mundo comunista tras la muerte de Stalin vendrá a resolverse inicialmente por una cierta liberalización, muy débil y controlada, pero anunciadora en definitiva de posibles cambios dentro de una situación que hasta entonces se presentaba como inamovible.

Matyas Rakosi, abandonando oportunamente su fervor estalinista, intentará acoplarse a las nuevas circunstancias, abandonando en apariencia parte de su poder al constituir un órgano colegiado, pero conservándolo íntegro de hecho por medio de personas interpuestas completamente fieles a su persona. Con más o menos variantes, el esquema se repite en los demás países de la zona, que intentan calcar la nueva organización que se ensaya en el Kremlin. Los disturbios obreros que estallan en junio de 1953 en Checoslovaquia y Berlín Oriental vienen, sin embargo, a demostrar por vez primera la existencia de una fuerte oposición latente dentro de la clase proletaria, glorificada como base y salvaguardia de los respectivos regímenes.

El desarrollismo a ultranza preconizado por Stalin y sus acólitos, en detrimento del nivel de vida y bienestar de la población, encuentra ahora sus primeros opositores públicos. El nuevo estilo del Kremlin, personificado por un Nikita Krushev en ascenso, va a dar alas a los movimientos de protesta. Tres años más tarde, Polonia y Hungría, por diferentes procedimientos, intentarán encontrar nuevas formas de organización. Pero por el momento, los dirigentes intentan abandonar solapadamente el estilo estaliniano al comprender que resultará mucho más práctico conseguir el apoyo de unas poblaciones descontentas mediante pequeñas reformas antes que enfrentarse directamente con una oposición decidida y organizada. En esta línea, decisiones tales como la disminución de los poderes de la policía, la reforma de la justicia, y la rehabilitación de las víctimas del estalinismo, se unen a medidas materiales, como el aumento de la inversión en la agricultura y en la producción de bienes de consumo.

En Hungría, la corriente liberal reformista, personificada por Imre Nagy, se enfrenta dentro



El linchamiento de agentes de la policía secreta AVO —verdaderos o supuestos— representa el aspecto negativo más evidente de la insurrección.

del partido con la línea dura de Rakosi. La marginación de Nagy viene a crear ante el pueblo el mito de una posibilidad latente. La nueva imagen que busca el régimen, expresada a través de medidas, como una amplia amnistía, no consigue ocultar la esencia real del aparato en el poder, compuesto por las mismas personas que habían amordazado al país desde 1948. La línea política de Nagy había sido expresamente apoyada por los Círculos Petofi, de evidente tendencia titista, que a partir de

1953 alcanzan un gran protagonismo y fuerza moral entre la población e incluso sobre la misma clase política en decadencia.

1956: LA PRIMAVERA DE BUDAPEST

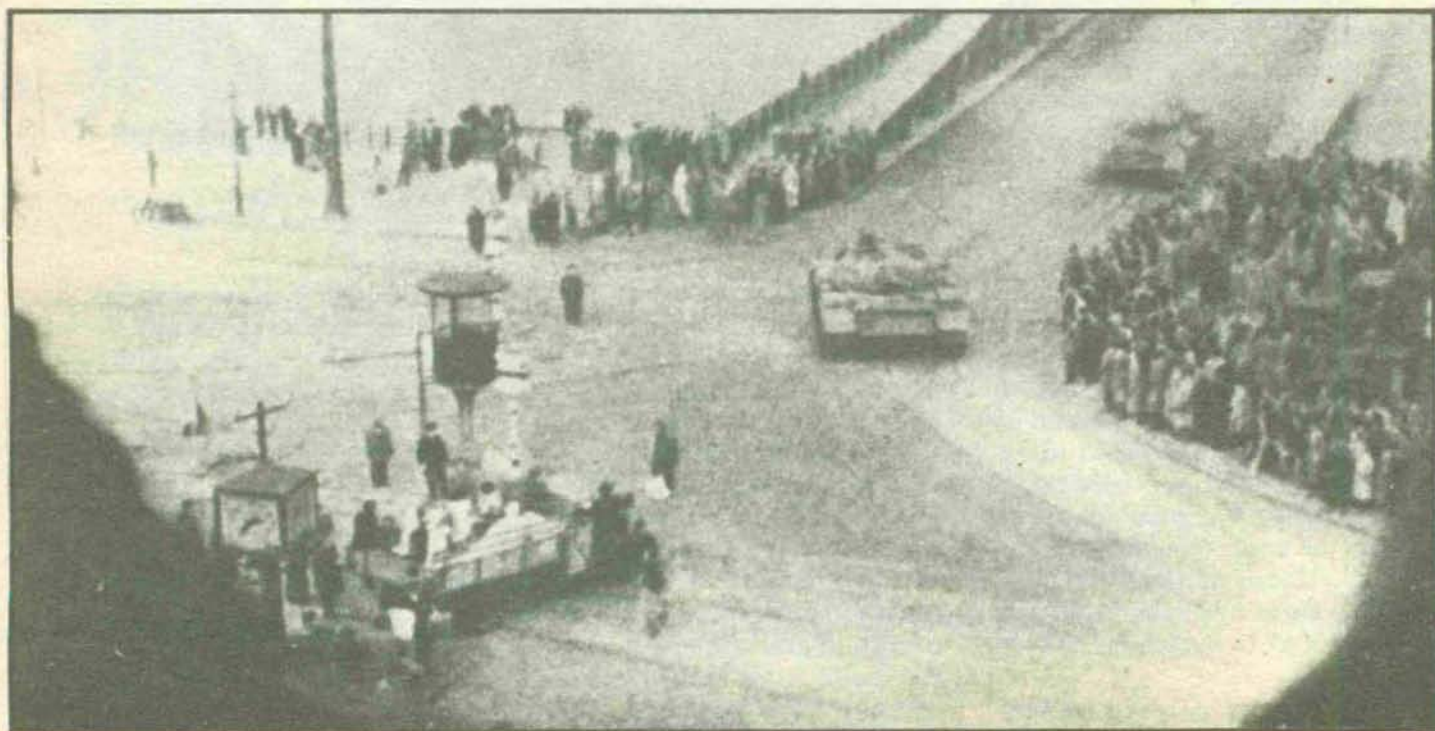
Tras la denuncia de los errores estalinianos durante el XX Congreso del Partido Comunista soviético, en febrero de 1956,



Interior en lucha. Ante la invasión soviética, toda la ciudad de Budapest se convierte en campo de batalla.

se había hundido la mínima parte de confianza con que todavía contaban los dirigentes de los partidos nacionales. El régimen húngaro, que intentaba seguir controlando a un país en el que nunca había gozado de suficiente apoyo popular, y sobre el que gobernaba mediante la utilización de la fuerza bajo diferentes formas, demuestra de manera creciente la precariedad de su situación. Esta notoria realidad es interpretada correctamente por la creciente oposición, que progresivamente adopta actitudes más decididas.

A las demandas puramente materiales se unen ahora exigencias de tipo moral e intelectual. Los miembros de la **intelligentsia** y los estudiantes coinciden con los viejos comunistas en pedir la libertad de opinión y la democratización de la vida política, con la definitiva desaparición de los símbolos y estructuras estalinistas. En junio de 1956, la insurrección de la ciudad industrial polaca de Poznan enardece todavía más los ánimos húngaros, al iniciar el proceso que conducirá al poder en Varsovia a una nueva clase encabezada por el liberal Gomulka. Un mes



Los tanques soviéticos toman posiciones en los puntos neurálgicos de la ciudad. En la imagen, ocupación de uno de los grandes puentes tendidos sobre el Danubio.



Kruschev y Malinovski. El sucesor de Stalin, a pesar de su política liberalizante, no puede admitir que Hungría inicie el camino hacia la desmembración del Imperio soviético en Europa.

más tarde, la Unión Soviética, dentro de su programa de reformas controladas, decide la retirada definitiva de Rakosi, cuya imagen resulta ya inaceptable para el nuevo aspecto que se

pretende imponer. Será Erno Gero, uno de los discípulos favoritos del dictador caído, quien entre a dirigir la política al frente de un grupo en el que figuran conocidos reformistas, como Janos

Kadar. Pero el continuismo real es tan evidente que el sistema no logra obtener el más mínimo apoyo popular. Los liberales piden ahora la vuelta al poder del marginado Nagy que, a pesar de su rehabilitación política, continúa apartado del poder.

La ebullición continúa creciendo, mientras el gobierno lanza acusaciones de **reaccionarismo**, **antisovietismo** y **proimperialismo**, al tiempo que advierte de la presencia en el país de las fuerzas soviéticas de ocupación, que nunca se han retirado desde el final de la guerra. Pero la autoridad del Comité Central está ya destruida. Imre Nagy, legalista a ultranza, no se decide a encabezar el movimiento opositor, que para él se halla todavía al margen de la ley del Estado. Con ello la latente insurrección prosigue sin cabeza dirigente, lo que contribuye decisivamente a aumentar su peligrosidad. François Fejto, el mejor tratadista de estos hechos, ha



Los militares soviéticos hacen ostentoso y agresivo acto de presencia en las calles de Budapest.



La lucha conoce todas las variantes del conflicto urbano. En la imagen, puesto improvisado de ametralladora situado en el portal de un edificio de viviendas.

anotado cómo la impunidad con que son acogidos por parte del gobierno los manifiestos de protesta que emiten los círculos intelectuales viene a demostrar en esos momentos una total ausencia de poder y contribuye a crear una verdadera atmósfera revolucionaria.

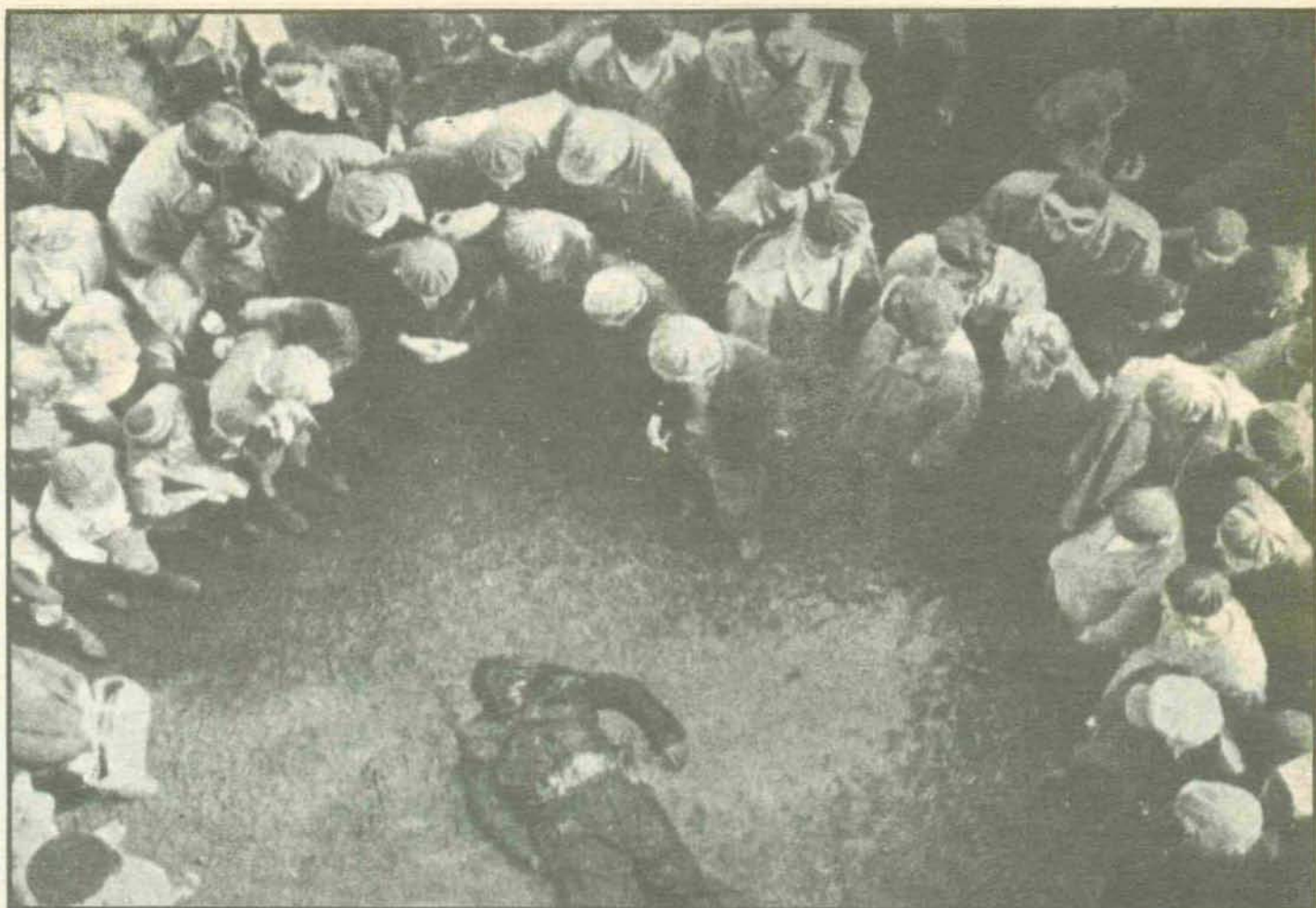
Desde la caída de Rakosi, la actividad de los Círculos Petofi había sido muy intensa. A partir de los funerales públicos de Rajk, y sobre todo, desde las acusaciones de Krushev contra Stalin, es evidente que se hace preciso cambiar principios y actuaciones mantenidos hasta entonces por la fuerza. Los intelectuales presentan al gobierno en entredicho una relación de puntos que de hecho carecen por completo del menor atisbo de ilegalidad revolucionaria: inclusión de Nagy dentro del Comité Central y en el gobierno, reorganización del Frente Patriótico, autonomía y autogestión en las



Pal Maleter, el antiguo brigadista en España, encabeza al Ejército húngaro, decidido a conservar la independencia de su país.

fábricas —a la manera yugoslava—, expulsión del país de Rakosi y procesamiento de las autoridades policiales. Finalmente, piden un estrechamiento de las relaciones y vínculos de amistad con la Unión Soviética, pero siempre en base al principio de igualdad de derechos entre las partes.

Estas moderadas propuestas vienen a demostrar el conocimiento de quienes las suscribieron acerca de las verdaderas posibilidades de una liberalización del país, que solamente se obtendría dentro de unos márgenes aceptables, tanto para la Unión Soviética como para el aparato de poder en Hungría, resquebrajado, pero no desaparecido. Las peticiones de los estudiantes son mucho más radicales: evacuación total de las tropas soviéticas, celebración de elecciones generales en base a un pluripartidismo respetado, y revisión de todo el sistema económico. Pro-



Otra imagen de la muerte, a manos de las masas, de un presunto miembro de la odiada policía política.

puestas que, caso de ser aceptadas, conducirían al desmontaje del sistema mismo. La vuelta al poder de Gomulka en Polonia, aceptada por los soviéticos, parece ofrecer bases sólidas a los liberales húngaros, que se identifican totalmente con la nueva etapa que comienza a vivir el pueblo polaco.

Al mismo tiempo que en los centros industriales, asambleas de obreros celebran reuniones para exigir la regulación de salarios, la democratización sindical y la solución a los problemas de abastecimiento, se convoca para el día 23 de octubre una gran manifestación de solidaridad con el pueblo polaco. Durante la misma, multitudinaria y enervada, los oradores son desbordados en sus peticiones al gobierno por elementos estudiantiles que aprovechan el momento emocional que domina a los asistentes. El marco de un comunismo nacional, donde se



Imre Nagy, aun contando con la confianza de una fracción considerable de la población, no consigue dominar los acontecimientos, que muy pronto le superan haciendo inviable la formación de un gobierno estable.

movían los escritores imbuidos de titismo, ya no es válido para quienes proclaman la necesidad de la ruptura de todos los lazos que unen a Hungría con la Unión Soviética, sin querer admitir el peligro que esto conlleva. La fiebre se apodera esa tarde de Budapest, pero todavía el clima insurreccional no se ha extendido a las provincias, tradicionalmente más retardadas en la recepción y asimilación de cualquier tipo de novedades.

Los primeros hechos, que habían de iniciar la mitica del movimiento y la posterior justificación de muchos de sus episodios, se desarrollan ante la emisora central de radio. Los manifestantes, tras recorrer las amplias avenidas de la ciudad, se concentran ante el edificio de la emisora con ánimo de ocuparlo y *difundir desde allí las proclamas* que airean los manipuladores de la emoción general. Desde dentro, las fuerzas de la policía poli-

tica rechazan el asalto disparando sobre la multitud. Es el signo que se necesitaba para comenzar un verdadero alzamiento popular. Tras la reacción de la policía, los obreros de la próxima zona industrial de Csepel, sobre el Danubio, se unen al movimiento de protesta. Las fuerzas militares húngaras enviadas a reprimir los desórdenes confraternizan con los manifestantes y, al caer la noche, al mismo tiempo que el incendio se extiende por el país, ya es posible efectuar el balance humano de los hechos, que al día siguiente podría establecerse en más de trescientos muertos y millares de heridos.

LA PRIMERA INVASION

Entre los días 23 y 28 de octubre, las fuerzas soviéticas sofocan el levantamiento a duras penas. Las comunicaciones con el extranjero han sido suspendidas, mientras Mikoyan y Suslov, representantes de las dos tendencias que se enfrentan en el Kremlin por el poder, llegan a Budapest con ánimo de solucionar una situación progresivamente más peligrosa para los intereses de todos. En la noche del día 24, por decisión de los envia-

dos soviéticos, Erno Gero —a quien se acusa de todos los errores pasados— es derribado del poder para sustituirle por Nagy, con ánimo de iniciar de esta forma el camino de la pacificación. Por medio de este cambio controlado se pretende por parte soviética conservar la dirección del país, que amenaza con escaparse de las manos. Pero ya es demasiado tarde.

Imre Nagy llega al poder cuando los acontecimientos han alcanzado niveles irreversibles, manejados por extremistas de todo signo. La organización del partido —hasta entonces aparentemente inamovible— se ha hundido junto con la administración



El cardenal Mindszenty es liberado de su prisión y trasladado a Budapest. A pesar de sus personales reticencias, ofrece su apoyo público al gobierno de Nagy.

política y económica. Todo rastro del anterior poder organizado ha desaparecido, mientras cientos de consejos obreros y municipales se hacen con el poder efectivo. La represión por parte de la policía y las fuerzas soviéticas —que durante tres minutos de fuego en la plaza del Parlamento ocasionan mil quinientos muertos— es contestada por la indiscriminada matanza popular de innumerables personas acusadas de pertenencia a los servicios policiales.

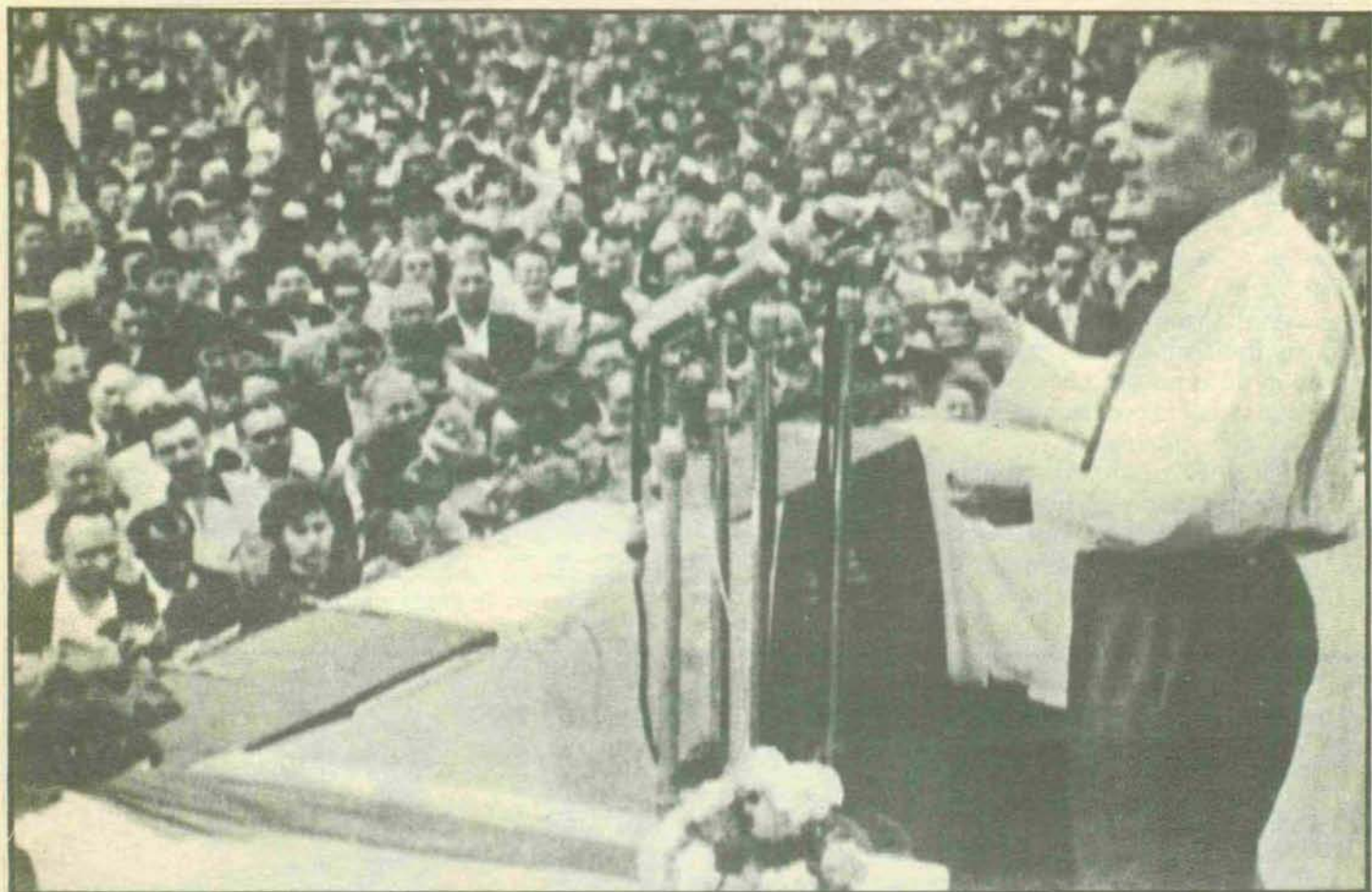
De esta forma, los documentos gráficos que reproducen el derribo jubiloso de la enorme estatua de Stalin que dominaba la capital encuentran su oscura



Las declaraciones de Eisenhower y de Foster Dulles en favor de la lucha del pueblo húngaro incitan a un recrudecimiento de los combates, sin aportar, no obstante, ningún tipo de ayuda efectiva.



Pareja húngara luchadora en las calles. Junto a los niños, las mujeres intervienen activamente en el movimiento popular.



Janos Kadar será la figura utilizada por los soviéticos para dotar a la definitiva invasión de una aparente legalidad.

contrapartida en los que muestran el linchamiento de supuestos miembros de la policía política. Este aspecto de la insurrección húngara, que produjo un número indeterminado de víctimas en todo el país, sería posteriormente utilizado por los ocupantes soviéticos como un motivo más de justificación de su agresión a la soberanía magiar.

El gobierno Nagy intenta, en primer lugar, el cese inmediato de los combates y la retirada soviética. Pero hasta el día 28 no se produce la evacuación de las fuerzas estacionadas en Budapest, con lo que finalizan los sangrientos enfrentamientos callejeros que han devastado la ciudad. En esos días, la insurrección presenta, en la opinión de Fejto, "una mezcla alucinante: partidarios de Nagy, de la democracia occidental, de la democracia proletaria, reaccionarios, criptofascistas, intelectuales, estudiantes, obreros, capataces, ingenieros, judíos, católicos, calvi-

nistas, hijos de campesinos e incluso desertores soviéticos, combaten juntos o confraternizan en los comités revolucionarios..."

Esta ambigua y peligrosa situación solamente conserva un aspecto estable. Se trata de la casi total falta de participación del elemento agrario en la revuelta. Para el campesino, opuesto a la temida colectivización, desechada ahora por el nuevo gobierno, solamente esta cuestión es importante. Y al mismo tiempo, el habitante de las zonas rurales no puede dejar de considerar a los motines urbanos como un asunto de intelectuales, ajeno por tanto a sus intereses y principios.

El equipo renovador de Nagy y Kadar, a pesar de contar con el expreso apoyo de la Iglesia Católica, los sindicatos, los intelectuales y parte de la vieja clase política, no consigue reunir la dispersa autoridad repartida entre cientos de comités, cuyas reivindicaciones van radicalizándose

se al paso de los días. Las peticiones de total libertad de opinión no pueden ser aceptadas por un gobierno que cuenta con demasiados elementos rakisistas para inspirar absoluta confianza al país en crispación. Ni siquiera el anuncio de una amplia amnistia consigue entregar al gobierno el control de unas masas que se consideran únicas dueñas de su destino. Incluso el nuevo ministro de la Defensa apenas mantiene la dirección de una mínima parte de las fuerzas militares. La mayoría de los cuadros del Ejército húngaro, surgidos de las clases populares, se ha unido a la insurrección.

EN LIBERTAD VIGILADA

Entre el día 30 de octubre y la madrugada del 4 de noviembre, Hungría vive días de euforia en

libertad. Incluso parece como si la Unión Soviética hubiese aceptado el nuevo orden de cosas. Gomulka, Tito y Mao han dado su apoyo expreso a la transformación. En realidad, Hungría, durante ese interregno, que se ha denominado como de **libertad vigilada**, ha superado en la práctica los logros obtenidos por su inspiradora Polonia. Al abandono del sistema de partido único y la reinstauración del pluripartidismo, según el esquema vigente entre 1945 y 1948, se une la disolución de la policía política, la abolición de la censura y el anuncio de próximas elecciones. Sin embargo, el gobierno apenas dispone de un mínimo margen de libertad, atrapado entre la opresiva presencia soviética y las reclamaciones de los comités, que pretenden dirigir las medidas políticas y económicas.

Tras las iniciales suspicacias de los socialdemócratas, que se han hecho con la dirección de los desaparecidos sindicatos comunistas, se consigue el día 3 de noviembre la formación de un gobierno de verdadera representación nacional, después de haber fracasado intentos anteriores. Los partidos socialdemócratas, de los pequeños propietarios y nacional campesino constituyen absoluta mayoría en un Gabinete donde solamente figuran tres comunistas: el propio Nagy, Janos Kadar y el general Pal Maleter, antiguo combatiente en la guerra de España. Ante el silencio soviético, y a pesar de las tranquilizadoras apariencias, la posición del gobierno no puede ser más precaria.

La cesión final de Nagy a las apremiantes demandas de los comités provocará la intervención armada. La decisión del abandono del Pacto de Varsovia y la inclusión de Hungría dentro de un estatuto de neutralidad similar a los de Austria y Finlandia, resulta ya inaceptables para Moscú. En el Kremlin, las posturas moderadas intentan detener la adopción de medidas du-

ras, pero finalmente son vencidas. La Unión Soviética no puede admitir que el ejemplo de Hungría cunda entre los demás países de su zona de influencia, con lo que su presencia en Europa quedaría desarticulada en muy poco tiempo. Krushev, se ha afirmado con razón, no quiso ser en absoluto el liquidador del Imperio creado por Stalin. Ahora, la crisis de Suez, que mantiene comprometidas a las potencias occidentales, permite a los dirigentes soviéticos un amplio margen de maniobra al contar con un importante elemento de distracción.

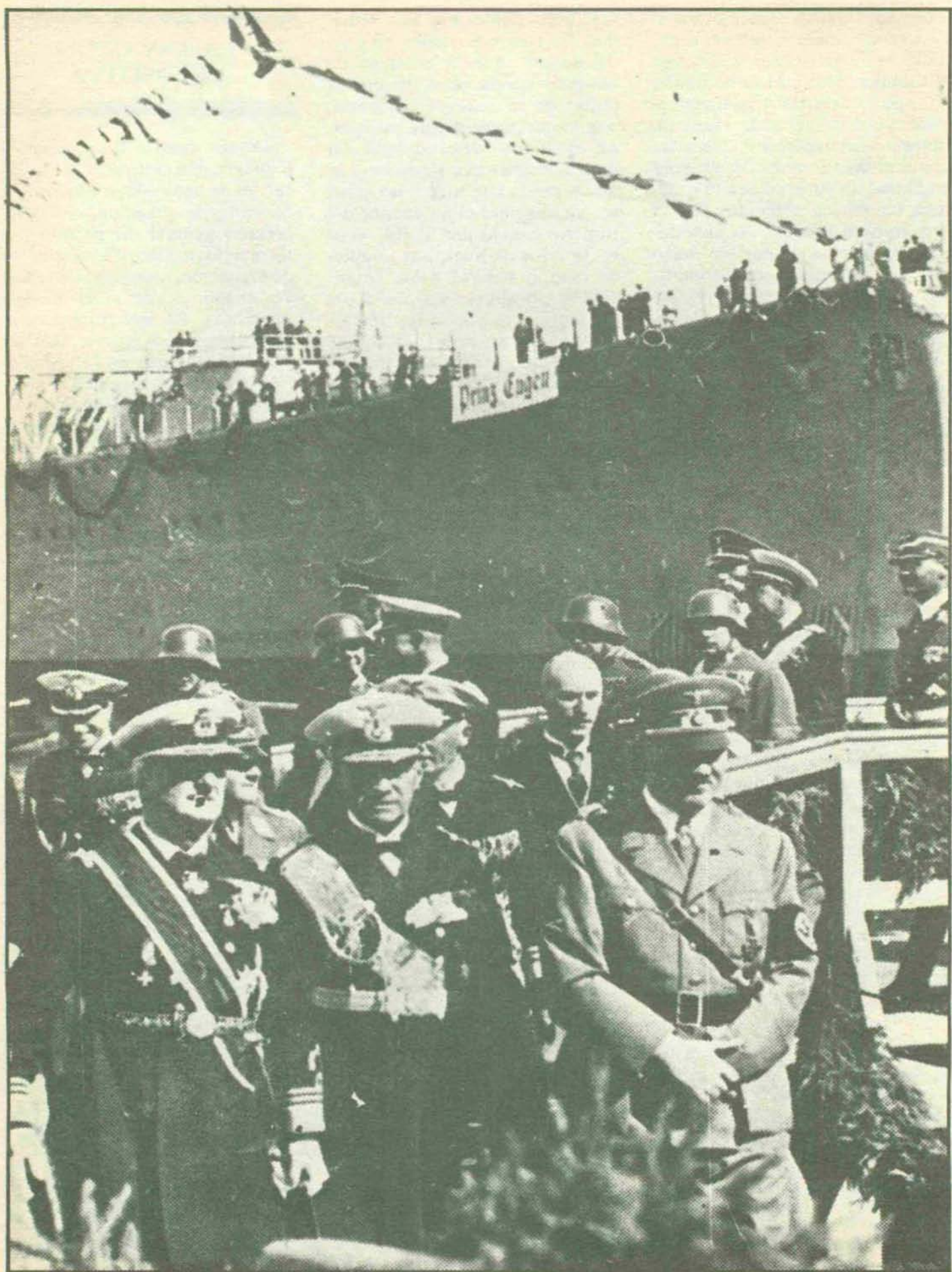
Los apoyos que la insurrección había recibido, tanto los provenientes del campo socialista como del occidental, no habían sido más que declaraciones platónicas u oportunistas. La promesa norteamericana de una fuerte ayuda económica tras la estabilización del transformado régimen estaba también condicionada por el desarrollo de los hechos, considerados como asuntos internos, y nunca causa de un potencial enfrentamiento directo con la Unión Soviética.

LA INVASION DEFINITIVA

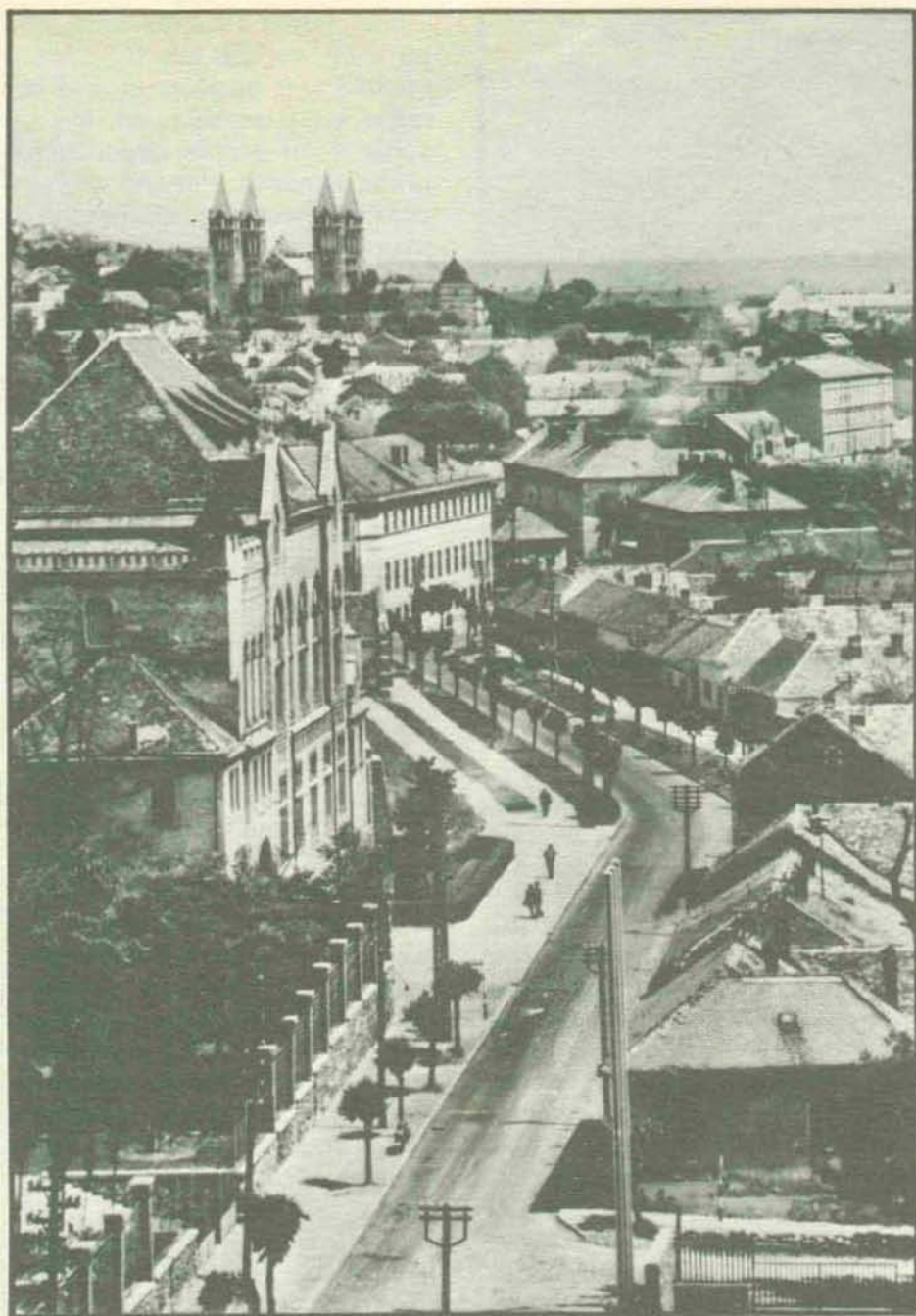
Desde dentro del gobierno, Kadar había apoyado la declaración de neutralidad e intentaba controlar la situación, como secretario general del partido, reformando a éste y evitando su disgregación, después del masivo abandono de miles de sus miembros. En esas últimas horas, mientras el general Maleter y la comisión que éste encabezaba en las reuniones con los soviéticos han sido secuestrados, Kadar da el vuelco y, abandonando Budapest, forma un nuevo gobierno de directa inspiración soviética localizado en la misma zona donde se halla el cuartel general de las fuerzas de ocupación. Este Gabinete paralelo tendrá como misión primordial cumplimentar el requisito simbólico de la petición de ayuda al gran protector. Con un estilo muy característico, en la madrugada del día 4 de noviembre, Janos Kadar lee el mensaje que



El cardenal primado, una vez fracasada la insurrección, obtendrá refugio en la embajada norteamericana. Será una de las figuras-símbolo de la etapa final de la guerra fría.



Horthy, regente de Hungría, en compañía de Hitler y el almirante Raeder (en el centro), en Kiel, en agosto de 1938.



Los edificios finiseculares de los bulevares de la capital húngara son, una vez más, testigos mudos del aplastamiento de las libertades del pueblo magiar.

le ha sido impuesto: "El gobierno húngaro revolucionario de obreros y campesinos, en interés de nuestro pueblo, de nuestra clase obrera y de nuestros campesinos, ha solicitado del Mando del Ejército soviético que ayude a nuestra nación a aplastar a las siniestras fuerzas de la reacción y a restaurar el orden y la calma en el país." En esos mismos momentos, dos mil quinientos carros de combate han comenzado a moverse hacia los puntos neurálgicos del país.

Todo tipo de suposiciones

continúan haciéndose hasta hoy mismo acerca de las causas que llevaron a este hombre, que pasa a dirigir la política de su país a la sombra de fuerzas invasoras extranjeras, a actuaciones que parecen a primera vista negar todo su historial anterior. Después de difíciles semanas en las que mantiene una total identificación con los postulados del vacilante Nagy en lo referente a la posibilidad de existencia de un comunismo nacional, ahora pasa a prestar una supuesta justificación legal a la invasión de su

propio país. Kadar era uno de los pocos jefes comunistas de origen campesino y con débiles lazos de relación personal con la Unión Soviética. Depurado por Rakosi, sufre encarcelamiento e incluso parece que fue torturado físicamente. Su vuelta al poder al calor de los acontecimientos pareció una garantía de renovación, teniendo en cuenta, por otra parte, la afinidad personal que le había unido a Rajk. Se ha afirmado que Kadar era el sucesor elegido por el Kremlin para ocupar el puesto de Rakosi. El estallido insurreccional habría impedido la realización de estos planes, que ahora se ponían en práctica con un costo mucho mayor en todos los órdenes, pero en definitiva con las mismas previsiones finales.

El programa anunciado por Kadar mientras los carros soviéticos destruyen toda oposición incluyen puntos similares a los expuestos por Nagy pocos días antes. Kadar es un seguidor de la línea de Kruschev, y por ello no puede respaldar el desmantelamiento del rígido sistema de partido único y el comienzo de la desmembración de la alianza militar que cohesiona al bloque soviético. Debido a ello, la acusación que desde entonces cae sobre su figura se centra en la idea de haber antepuesto el interés del partido a la independencia nacional.

Desde el día 5, los invasores controlan prácticamente todo el territorio, donde existen algunos puntos de resistencia en zonas industriales y mineras. El gobierno se ha refugiado en la embajada yugoslava, de donde saldrá días más tarde con la promesa de total libertad, para ser conducido a territorio rumano, donde tendrá lugar su inmediata ejecución, según se sabrá dos años después. El cardenal Mindszenty, que había sido recibido en Budapest con todos los honores tras su puesta en libertad, obtiene refugio en la embajada norteamericana. Su reclusión, que durará quince años, constituirá



Janos Kadar, actual dirigente de Hungría. En la imagen, reunido con el canciller federal alemán, Helmut Schmidt.

una clásica y anacrónica imagen de la guerra fría.

Como fuerzas subterráneas de la insurrección, además de las provocaciones emitidas por la radio norteamericana **Europa Libre** desde Munich, se señala la presencia de elementos relacionados con el régimen de Horthy, que sin embargo en ningún momento consiguieron dominar siquiera minimamente los movimientos de resistencia. De hecho se puede hablar de una insurrección de carácter nacional y anti-comunista. Lo que en un primer momento constituyó una protesta más o menos organizada contra el régimen, pero no contra su existencia, pasa a convertirse en un verdadero repudio de la ideología que le sustenta y de las fuerzas externas que le apoyan. Los sectores descontentos abrieron así las puertas a una contestación casi general. Y ésta viene a ser una de las claves del carácter incontrolable de la situación, superadas las primeras exigencias moderadas y aceptables aún por los soviéticos. Para las fuerzas sociales acalladas por el régimen parece llegado el momento de la libertad y, también, en ocasiones, de la revancha. Estas actitudes convulsas provocarán en definitiva la anulación de la posibilidad que representa el gobierno Nagy, abierto a caminos progresivamente más amplios.

UN INTENTO DE BALANCE

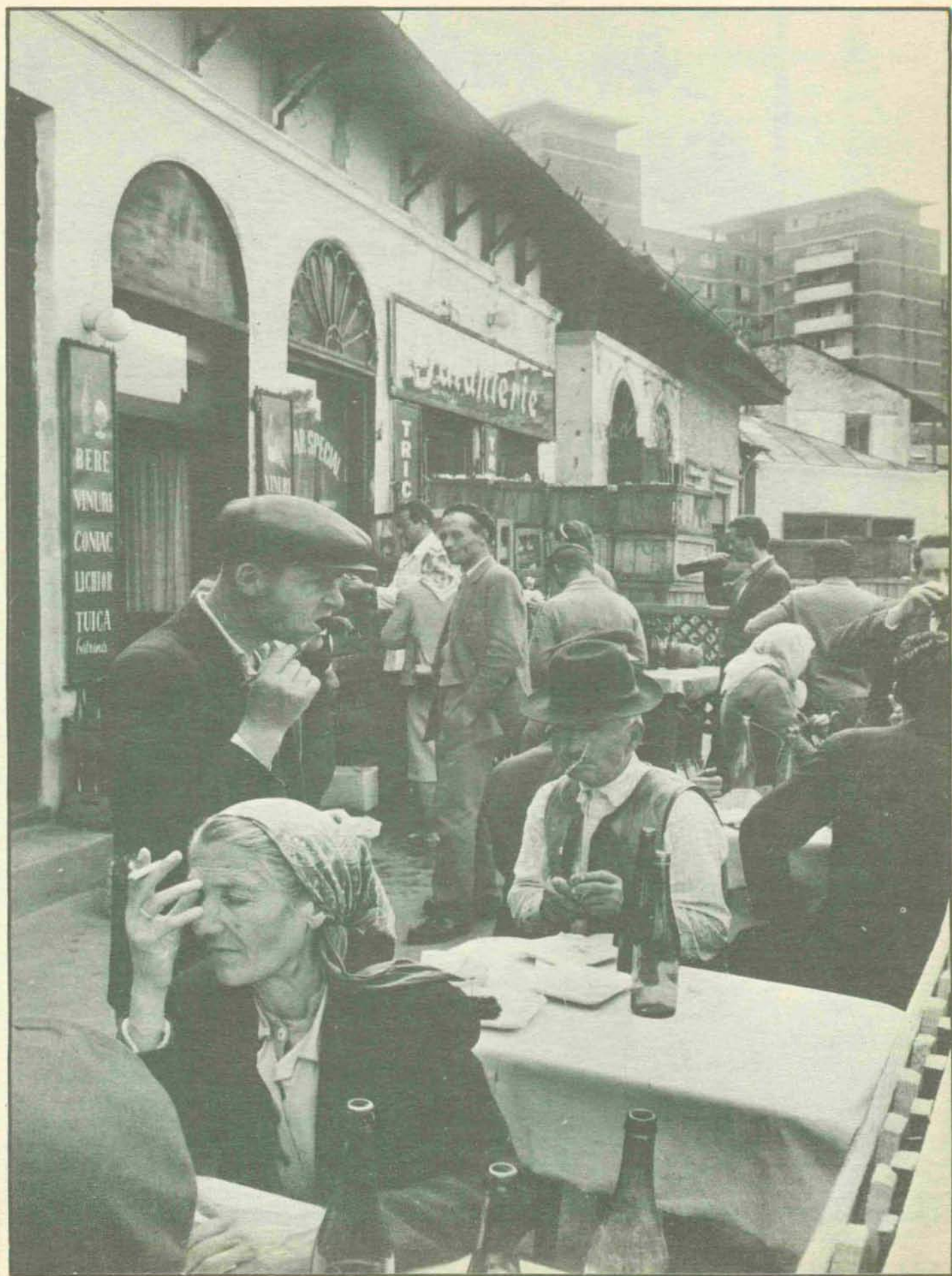
Disueltos los consejos, que todavía intentaban imponer condiciones al nuevo gobierno, Hungría conoce una nueva oleada de represión. Las patéticas llamadas de auxilio lanzadas al mundo, y fomentadas por previas promesas llenas de ambigüedad, no han surtido efecto. Con la invasión, aparte de las enormes destrucciones materiales y el hundimiento moral del país, Hungría sufre un alto costo en efectivos humanos: alrededor de cuatro mil quinientos muertos y unos trece mil heridos. Veinte mil detenidos y deportados se vienen a unir a los doscientos mil refugiados en Austria, de los que retornará una décima parte.

Aún arriesgándose a duras críticas y medidas de represalia, la Unión Soviética ha preferido actuar rápidamente y con la mayor dureza contra el discolo satélite. Tenía prácticamente la seguridad de la inacción de los occidentales, que respetarían los campos delimitados tras la guerra mundial. Entre los comunistas occidentales, la invasión provocó profundos conflictos de conciencia. El aparente rechazo de los métodos estalinistas se ve-

nia a unir a la utilización más pura de los mismos. Contando incluso con posibles nuevas **herejías** en estos sectores, los soviéticos no sabían hasta dónde podía llegar el ejemplo de unas posibles elecciones celebradas en libertad en Hungría, que no hubiesen entregado al partido comunista un porcentaje superior al seis u ocho por ciento. Por ello, era inadmisibles permitir a la nación magiar un particular desenvolvimiento, como preconizaban las posiciones moderadas del aparato soviético.

Desde 1956, la vida de los húngaros, marcada moralmente por la amargura del fracaso y de la oportunidad perdida, conoce altos niveles de mejora, iniciados inmediatamente después de la represión que sigue a la invasión. El régimen de Kadar, aceptado por la fuerza y considerado como exponente de una traición, se ha convertido en uno de los más estables de la zona, debido principalmente al aumento del bienestar general en materia económica, que viene a producir una estabilidad social dominada por la apatía. Tras los primeros momentos de dureza represiva, Kadar ha demostrado ser fiel a sus primitivas ideas reformistas dentro de unos cauces previamente establecidos. Hoy, Hungría, a los veinticinco años de los hechos que imprimieron su historia más reciente, presenta un aspecto bastante más positivo en todos los órdenes que el que pueden ofrecer los demás países del área con los que puede compararse.

No sería arriesgado afirmar que los sucesos del otoño de 1956, si no consiguieron alcanzar de forma inmediata todos los fines que se proponían quienes los orientaron, si hicieron posible la apertura de una vía efectiva hacia la transformación del país. Y todo ello a un plazo mucho más corto de lo que pudiera esperarse después de los lamentables acontecimientos que provocaron el aplastamiento de una vasta esperanza. ■ J. M. S. M.



Budapest, hoy. A los veinticinco años de la insurrección, la capital de Hungría presenta los desfases lógicos que conlleva el desarrollo. La vida tradicional lucha por sobrevivir al lado de las formas de existencia más actuales.